

Educación indígena en el norte de México: flujos migratorios y superdiversidad

Indigenous education in northern Mexico: migration flows and superdiversity

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i33.1633>

*Juan Páez Cárdenas**

*Itziar Scarlet Gallegos Ruiz***

*María Rebeca Gutiérrez Estrada****

En mayo de 2024, se llevó a cabo el I Encuentro de Educación Indígena del Noroeste de México con sede en Ensenada, Baja California. La intención de dicho encuentro fue visibilizar las diferentes realidades educativas enfrentadas por grupos indígenas -tanto autóctonos como migrantes- presentes en la región mexicana antes mencionada. A partir de los debates y reflexiones del encuentro, se generaron redes académicas interesadas en mostrar dichas realidades educativas, mismas que conllevaron a la conformación de la Red de Investigación en Educación Indígena del Norte de México (RIEINM), la cual actualmente está integrada por veintidós académicos de distintas instituciones de educación superior del país. Una de las iniciativas propuestas por la RIEINM fue impulsar publicaciones en conjunto que mostraran la forma en la que la población indígena es atendida en una zona geográfica que tiene características socioeconómicas y culturales específicas, y que, en muchas ocasiones, es poco apreciada. En ese contexto, surge el presente número de la revista *Diálogos Sobre Educación: temas actuales en investigación educativa*.

En general, el conocimiento de lo “indígena”, como categoría impuesta por el Estado mexicano, proviene mayormente de estudios elaborados sobre la región identificada como Mesoamérica. Sin embargo, consideramos que la región norte ha quedado, hasta cierto punto, invisibilizada para los científicos sociales. Este escenario puede extrapolarse al campo de la investigación en educación indígena.

En Baja California se encuentran grupos culturales nativos como los kumiai, kiliwas, cucapás, pa ipai y ko’alh; en Sonora, los yaqui, mayo, seri, pima bajo, tohono

* Doctor en Ciencias con Especialidad en Investigación Educativa. SNI C. Líneas de investigación Gestión pedagógica de la escuela, Educación indígena, Etnografía de la educación, Sujetos educativos. Investigador en la Universidad Autónoma de Baja California. México. paez.juan@uabc.edu.mx

** Estudiante de Doctorado en Educación en la Universidad de Guadalajara. México. Correo: itziar.gallegos@uabc.edu.mx

*** Doctora en Educación: lenguaje, Cultura y Enseñanza. Investigadora en la Universidad de Sonora. Correo: rebeca.gutierrez@unison.mx

o'odham, guarijío y cucapá; en Sinaloa, los tepehuanos del sur, mayos y tarahumaras; en Chihuahua, los tepehuanos del norte, tarahumaras, guajiros y pimas; en Coahuila, los kikapú y mascogos así como los huastecos y náhuatl en Tamaulipas. Actualmente, varios de estos pueblos corren el riesgo de perder sus lenguas y tener una inminente devastación cultural.

A este crisol de culturas originarias se suman flujos migratorios provenientes del sur del país debido, principalmente, a la desigualdad histórica y pobreza estructural. Buena parte de los éxodos indígenas que migran hacia el norte, está relacionada con los ciclos agrícolas. En este sentido, existe una migración pendular que va y viene a sus lugares de orígenes. Otro tipo es la llamada migración golondrina, basada en el desplazamiento de familias hacia distintas regiones del país para ser empleadas como jornaleros agrícolas. Algunos de los grupos con mayor presencia son los mixtecos, triquis, zapotecos, nahuas, purépechas, otomíes y mazahuas. Estas son algunas de las razones por las cuales el norte aparece con un número mayor de personas indígenas de los que históricamente tuvo.

La migración en México y, al norte en particular, no solo proviene de población indígena originaria y del sur del país, sino también de los desplazamientos internacionales, primordialmente de centro américa, Sudamérica y el caribe. Lo anterior sucede debido a que México ha sido geográfica e históricamente la ventana hacia el norte del continente: Estados Unidos y Canadá.

Lo anterior enriquece la diversidad cultural y lingüística del norte de México y, al mismo tiempo, complejiza la atención educativa propuesta por la normativa oficial puesto que esta supone ser intercultural; sin embargo, el currículo nacional está elaborado para una población monolingüe y monolítica con trayectorias escolares lineales.

Las infancias de los grupos indígenas migrantes que acuden a los centros escolares han conformado salones de clase donde cohabita una diversidad de lenguas y culturas. Los niños y las niñas presentan distintas formas de socialización y aprendizaje. Ante dicha diversidad, se presentan una serie de problemáticas como la falta de posibilidades institucionales que propicien procesos educativos efectivos para todas y todos. Ante la situación de movilidad constante, las y los menores que tienen la posibilidad de matricularse en las escuelas (porque muchos no logran hacerlo) deben cambiar de plantel constantemente, algo para lo que el sistema educativo no está preparado. Ello coloca a la niñez en una situación de desventaja frente a sus pares y menoscaba su derecho a la educación.

Como lo hemos enmarcado a lo largo de este texto, la población indígena existe en el norte del país y, además, es numerosa; sin embargo, no ha logrado ser atendida conforme a sus necesidades y particularidades. A pesar de que en el pasado existieron esfuerzos importantes para atender a esta población, como el Programa de Educación Primaria para Niñas y Niños Migrantes (PRONIM), en la actualidad no se cuenta con ningún programa específico. Tampoco existe una coordinación interinstitucional que permita dar un seguimiento eficiente a la trayectoria escolar de esta población.

A lo anterior, se suma la precariedad institucional. Las escuelas que atienden a la población indígena se encuentran en áreas de alta marginación con carencias notables de todo tipo. En gran medida, se trata de aulas multigrado cuyos docentes carecen de la formación adecuada para trabajar con distintos grados y, además, deben afrontar una sobrecarga administrativa.

Por otro lado, en el norte del país existen también escuelas indígenas en zonas urbanas, como en la ciudad de Tijuana, Baja California. Estos centros escolares forman parte de los planteles a cargo de la Dirección de Educación Indígena, Intercultural y Bilingüe (DGEIIB). Son espacios de diversidad, donde infancias indígenas conviven con no indígenas y en algunos casos con migrantes internacionales como haitianos o sudamericanos. Otro caso singular es el de la zona metropolitana de Monterrey, Nuevo León, donde no hay escuelas de la DGEIIB, pero sí un Departamento de Educación Indígena.

El profesorado que atiende a la población indígena no cuenta con la formación adecuada para tratar con la superdiversidad en sus aulas. Algunos no dominan las lenguas indígenas y es frecuente que él o la docente hable una lengua distinta a la del estudiantado. Esto está relacionado con bajas expectativas de su rendimiento académico frente a una malla curricular que privilegia el español. Todo esto pone en entredicho “el rezago” atribuido a la niñez indígena.

Finalmente, el vínculo entre las instituciones escolares y las comunidades se encuentra atravesado por la desigualdad. Las familias padecen largas jornadas laborales y guardan en su memoria experiencias previas de discriminación escolar que los llevan a cuestionar los escasos esfuerzos realmente interculturales. Lo anterior inhibe una mayor participación social y comunitaria.